

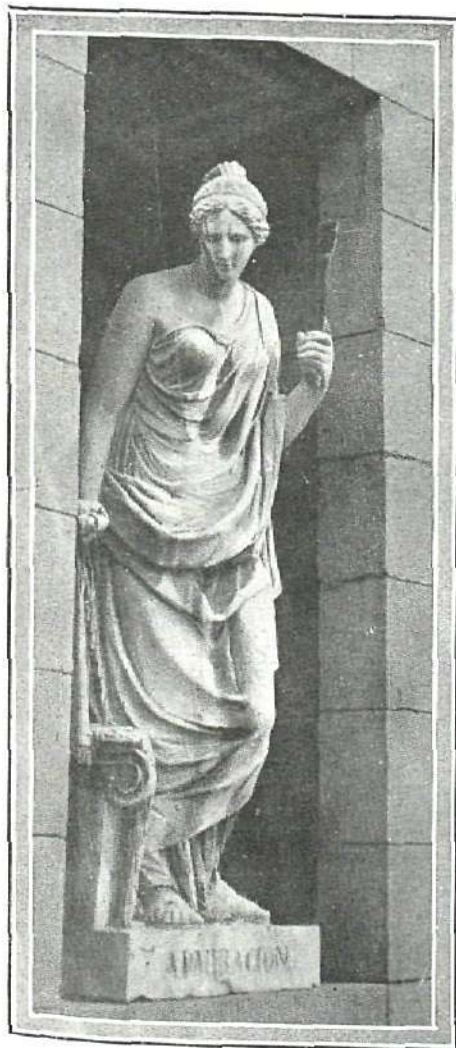
UNA galería de estatuas se disimula en la parte baja de la fachada del Museo del Prado; cada una en su ventana, todas representando virtudes, sapiencias y órdenes puros de la vida.

Allí iba yo á ver, en tiempos de la guerra, á la Paz, cohibida, y con ella celebré entrevistas de cuándo llegaría la hora de su armisticio. Junto á la Paz silenciosa, pero optimista, como son todas las estatuas, porque se encaran con tiempos futuros y mejores, pasé horas de calma, de retirada con la amante escarnejada, aun siendo tan buena. La estatua me sonreía sobre sus hombros como al adorador último.

Se disimulan al contacto con las gentes esas estatuas como clandestinas, cuando son tan virtuosas; pero yo busco la vuelta de los árboles, doy un rodeo á las grandes araucarias que ensombrecen el paraje, y me acerco á ellas para besar su manto. Todos hemos de tener nuestras veneraciones. Es una ventaja del ser humano la de la idolatría, y de vez en cuando la practico.

Las opulentas mujeres, que no recortan su pelo aunque la moda sea la de recortarlo; que no cortan su túnica, aunque llegue la moda de las faldas cortas, y que no toman píldoras para adelgazar, aunque la moda sea la delgadez, me atraen. Es aquél un rincón de culto posible, de templo con balcones á la calle, de sitio adeenado, en que están ancladas las virtudes antiguas.

Los pechos fuertes, de virtudes un poco desaparecidas, como la Admiración, desafían al tiempo, manoseador y flácido.



«La admiración», estatua de las que decoran el exterior de la planta baja del Museo del Prado

Esta admiración, que, por ejemplo, admiraba aun á Pericles, levanta su antorcha reditiva de mujer fiel.

Una dama misteriosa, que nunca había visto encarnada la mujer—porque en las catedrales y en la arquitectura es supermujer—es la Euritmia.

—Buenas tardes, Euritmia—la digo, al pasar, gozándome en pronunciar su nombre de mujer noble, casera, bautizada así y educada en la derivación de su nombre por un pobre maniático de la arquitectura, arquitecto romántico y excepcional que no arruinaba á sus clientes.

La Euritmia, preocupada siempre por el orden de lo que se corresponde, me encuentra bajo para ser su novio, y me consiera arquitecto de mi obra, y tan á tropicónes y machadas, que no me dirige la sonrisa de su simetría.

Mucho he meditado sobre la creación de la Euritmia por un escultor. Entre los escultores de la época se repartió la obra de estas estatuas. El más recomendado se llevó la Belleza, el otro la Armonía, y así, en escala de cosas más concebibles ó menos concebibles, hasta que á este escultor último le tocó la Euritmia.

¿Cómo representar á esa gracia, que, según su definición, es buena disposición y correspondencia de las partes semejantes de un edificio?

Muy apurado debió estar el escultor. Buscó aquella mujer inencontrable por reuniones, teatros, cafés cantantes, etc., etc.

Visitó á los personajes de mayor autoridad en la materia: al académico de la Lengua, al académico de Bellas Artes y á varios arquitectos. Nadie le daba luz sobre aquella figura de mujer, de una aticidad inimaginable.

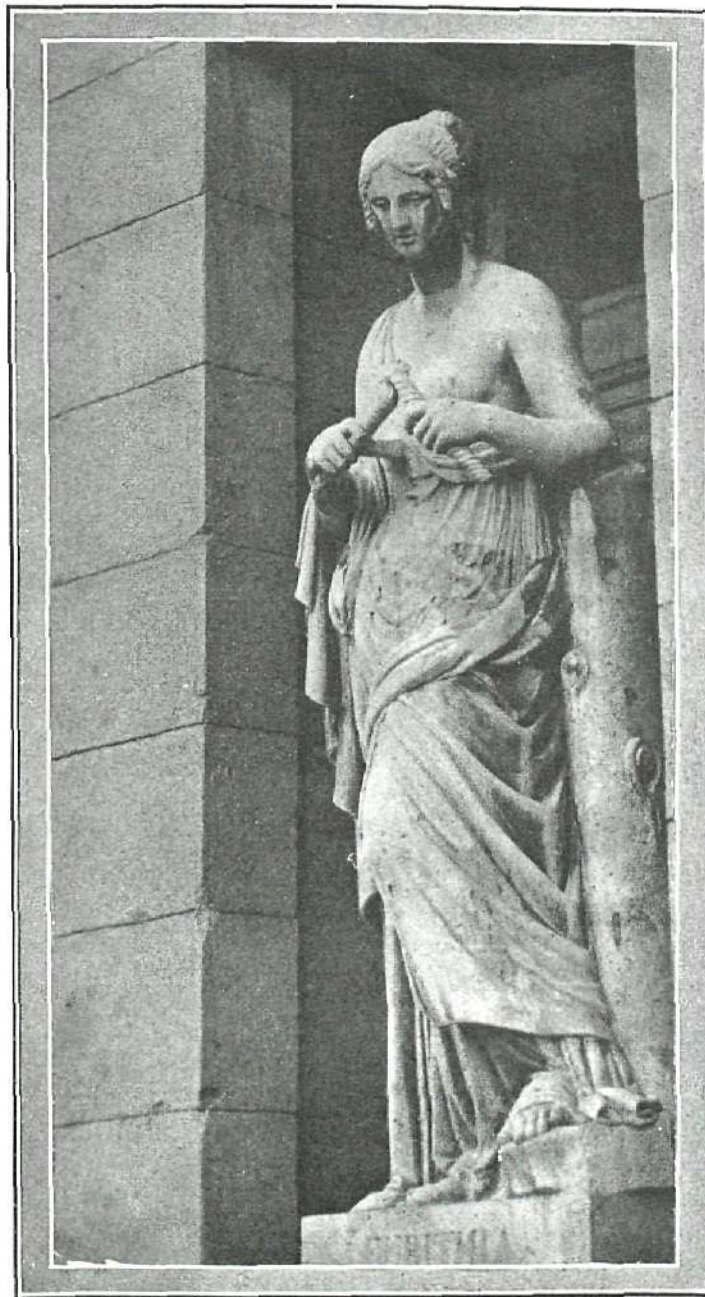
Los arquitectos eran los que más vagas referencias le daban y los que más le equivocaban, pues le pintaban las catedrales de dos agujas parejas y los edificios de dos alas compensadas y perfectas. Con aquellas divagaciones arquitecturales se le representaba al artista una mujer inmensa y monumental, que no podía encajar en la ventana que tenía asignada para su escultura.

El artista encargado de fabricar la Euritmia llegó á languidecer, á ponerse amarillo, á hablar solo por las calles. No encontraba la Euritmia por ningún lado, y á sus gritos, el eco le contestaba con un maullido burlón.

—¡Euritmia! ¡Euritmia!
—...Mia... Mia...

Y parecía que lo lejos y lo abismado y lo incierto eran los que contenían en su seno la Euritmia.

Por fin, el artista, desesperado al ver que el plazo de admisión se iba á cerrar, inventó esa mujer que prende una en otra dos antorchas iguales, como si prohibiese dos llamas de inspiración gemelas ó una pareja de iluminaciones creacionistas ó el doble sentido del



Estatua representando la Euritmia, que figura en la serie que enfrenta el Prado en las afueras del Museo de Pinturas

candelabro de dos brazos, iluminando los dos lados de un proyecto.

Pudo hacer muchas cosas para representar á su Euritmia; pudo atreverse á realizar la mujer con dos rostros iguales y bellos, poniendo en cada uno la misma cantidad de sonrisa; pudo desnudar dos senos iguales, el uno tan hemisferio del otro, que se completase entre los dos la esfera con su medida total, justa, etc., etc. Pero se contentó con las dos antorchas rizadas y con poner debajo de la estatua el bello nombre de Euritmia.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA